

---

# LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

---

## CARTA DEL PAPA

**S**u Santidad ha dirigido al P. Director del Rosario Perpetuo de Florencia la siguiente carta, que insertamos en nuestra revista, por creerla de utilidad para todos los devotos y amantes del Rosario. Dice así:

“Amado hijo: Es tal la confianza que Nos ponemos en el poder de la oración y en la intercesión de la Bienaventurada Virgen, que no podemos dejar de daros las gracias, amado hijo, por el celo con que difundís el Rosario Perpetuo. Si, en efecto, el Rosario es la oración por excelencia, puesto que une á la meditación de los misterios de nuestra Religión y á las más santas oraciones la mediación de la Virgen Santísima, debemos tener las más grandes esperanzas de que por medio de esta práctica el Señor nos conceda las mayores gracias. Por tanto, en la grande necesidad que la Iglesia tiene de auxilios especiales del cielo, mientras os manifestamos nuestra gratitud, con el deseo de que esa Pía Asociación se difunda siempre más y más, os enviamos de lo íntimo de nuestro corazón á vos y á todos los asociados presentes y futuros nuestra Bendición Apostólica.

Dado en el Vaticano el 12 de Octubre de 1909.

PÍO PP. X.

*Al amado hijo P. Constancio M. Becchi, O. P., Florencia».*

## LA PAZ UNIVERSAL

**A** los mal creyentes les estorba mucho el ver cómo las personas que temen á Dios gozan de una paz dichosa. Por una parte, les parece que eso de temer tanto no es ningún indicio de seguridad, porque el que algo teme, de algo desconfía, y por otra, no pueden negar que los que tal temor profesan dan pruebas de una paz que nadie ni nada puede alterar. Y esta contradicción aparente es un hecho que desconcierta, tanto á los impíos, como á los cristianos á medias, porque observan aquí un caso que da por nulassus engañosas teorías sobre el verdadero temor de Dios y la verdadera paz del alma. Se quiere creer que desde el momento en que se pierdan de vista los castigos de Dios, cesarán todas las agitaciones del corazón humano, todos los malestares y zozobras, puesto que con esto se habría conquistado una libertad de vida y de acción que nos haría á todos ser muy felices y estar muy tranquilos.

Los hombres sin fe y sin conciencia ensayaron poner por obra tales doctrinas, pero sin éxitos ni resultados que sepamos; pues si inquietos andaban cuando todavía conservaban un resto de temor de Dios, perdido éste, vinieron á parar en un abismo sin fondo de turbaciones é inquietudes. Una vez aquí sumergidos, yerran todavía y yerran sin término cuando filosofan sobre su situación lamentable, y en lugar de atribuir esa falta de sosiego á su verdadera causa, que es el menosprecio de la ley de Dios, prefieren juzgar culpables de su infelicidad á los que fiel y escrupulosamente guardan aquella ley y con ejemplo perseverante contradicen la impiedad de los que la menosprecian. Se les antoja á estos impíos que la rectitud práctica de los buenos produce ese gran desnivel, que, de no existir, nada habría que lamentar en la vida humana, toda vez que, siendo unánimes en los sentimientos, todos los corazones se habrían fundido, restableciéndose en todos un equilibrio de placidez y bienandanza sin límites.

¿Extrañas, lector, esta filosofía tan humanitaria al parecer, tan tutora del porvenir y de los intereses del género humano? Pues en hecho de verdad, esta filosofía es la que cultivan todos los grandes perturbadores de la paz pública: esta filosofía será á carta cabal monstruosa y desatinada, pero ella existe, y con decir que existe, dicho se está que es una fuerza viva que obra y que tiende á derrumbar por sus cimientos la sociedad entera. Por aquí se comprende lo nocivo que viene á ser un hombre dejado de la mano de Dios, ó como dice San Pablo, “entregado á su réprobo sentido.” Sin creerse malvado, pone en ejecución los mayores atropellos: pensando redimir la humanidad, extrema los horrores más inauditos. Un salteador de caminos es menos terrible, porque al fin y al cabo, se estima á sí propio un malvado, rehusa carearse con su tenebrosa conciencia, lo cual debilita no poco sus audacias; pero el malhechor que se cree con títulos justificativos, el que invoca teoremas y principios, ese procede con osadía y descaro, sistematiza el delito y santifica los más rudos y violentos atropellos.

¡Cosa singular! Los tales perturbadores, por medio de estos estruendos de guerra, buscan la paz, y la buscan sin descanso, y no pueden dejar de buscarla un solo momento. Ello parece mentira, pero es una verdad que, bien meditada, no deja lugar á la más ligera duda: los que alarman la situación, los que amenazan la seguridad pública con desórdenes al parecer inmotivados, no quieren sinceramente los desórdenes ni las turbulencias: á unos y á otras aborrecen de corazón, anhelan el reposo, aman el sosiego; pero lo que sucede es que este sosiego se les antoja detrás de una nube preñada de tempestades, y he aquí su error trascendental. Sucede que buscan la paz por los caminos que no se encuentra ni debían buscarla, y este es un error práctico que vicia en su raíz todos los propósitos que ocurra formular y llevar á la práctica.

Se debe buscar la paz dentro del temor de Dios, porque fuera de El no existe la paz verdadera según la expresión de un profeta que dice: “No hay paz para los impíos.” Pero éstos se empeñan en que sí, en que la hay á fuerza de muchas impiedades, haciéndose

todo el mundo impío y llegándose á perder por completo el temor de Dios entre los hombres. Y tienen de esto una convicción tan arraigada, que á ella se debe esa actividad milagrosa que despliegan al dar comienzo y proseguir sus tareas de propaganda sectaria, llámese ésta masónica, anarquista ó como se quiera, pero tareas que á la postre consumen esfuerzos inauditos, los cuales serían inexplicables, si no los alentase la esperanza de un coronamiento, lejano tal vez, mas posible, realizable, alentador. Y esta falsa creencia de encontrar la paz por estos medios tiene por principio la no menos falsa imaginación de que haciendo participantes á muchos de las congojas interiores, éstas menguarán hasta reducirse á cero en los individuos que las padecen; la paz, en suma, se conseguirá equilibrándose entre todos la carga de los padecimientos morales, ni más ni menos que se equilibran en un trozo de hierro las tensiones eléctricas de signos contrarios, luego que por uno de sus lados salta la chispa. Pero esto es imaginación nada más; en realidad lo que sucede es que al tribunal de Dios no se va en tropel, ni se juzga allí á los hombres por pelotones. Es decir, cada uno entonces responde sólo de sí y por sí sólo, y suya solamente será la sentencia que se le intime, sin que pueda compartirla con nadie. El dolor y la desdicha no suelen tener amigos, porque la amistad se funda en la comunicación de bienes, y quien dice la amistad dice la sociedad en general, que simplemente no es más que una amistad inicial, incoada naturalmente entre todos y por todos los hombres. De aquí se sigue que sobre el dolor y la desdicha no se pueden echar los cimientos de ninguna sociedad, puesto caso que nadie soportaría un compañerismo tan ingrato, tan vacío y tan desairado, á no ser con la esperanza del remedio. Cuando, como en el infierno, se echa de menos esta esperanza, la sociedad es insostenible; el aislamiento es el refugio obligado; el devorar á solas la materia del dolor es el triste destino inevitable.

Asímismo, en la antesala del infierno, que es esta mísera vida para los que perdieron la paz por haber perdido el temor de Dios, no hay tampoco sociedad

en su sentido natural espontáneo y comunicativo de bienes. Ellos, por su parte, no tienen ningún bien que comunicar; por otra parte, en faltando la paz, no se puede disfrutar de ningún bien. Por eso, ni dan ni reciben; están en abrumadora parálisis, sin comunicación alguna con la acción benéfica de la savia social. Así, pues, no saben más que detestar y aborrecer, y si logran entenderse y entrar en juego con otros tan miserables como ellos, este concierto que momentáneamente reina entre todos, no tiene más sostén que la esperanza de la ruina y de la destrucción completa de todo el orden. Si por un imposible estas esperanzas se realizasen, al punto cesarían de existir todos los vínculos que unen entre sí á los mismos que se conjuran contra todo lo existente.

No queda, pues, otra salvación al mundo entero y á cada hombre en particular que el temor de Dios. Este puede devolverles la paz, reintegrarles en el orden universal y ahuyentar todo peligro de ruina, toda amenaza á la tranquilidad pública.

F.

---

## EL ROSARIO EN SALAMANCA

(CONTINUACIÓN)

**H**AN cesado los tumultos. Hace treinta años que los Dominicos han vuelto á ocupar el convento glorioso de San Esteban y el solar de tantas grandezas ya extinguidas. En todo era difícil restaurar los días pasados, excepto en lo tocante á la devoción del Rosario. Nada había que restaurar: bastaba retocarlo y reformarlo.

Con la presencia de los Dominicos dejó de existir el capellán de la Cofradía: ellos se encargaron del culto, de la dirección de la Cofradía, de la propagación del Rosario. Ellos han hecho lo que hoy tenemos de esta devoción mariana; su desarrollo, su organización, su lozanía como devoción á Nuestra Señora, como Cofradía, como Asociación del Rosario Perpetuo y como Asociación del Rosario Viviente.

Por millares se cuentan los simples cofrades del Rosario.

Yo no pongo un número fijo porque no he podido señalarlo. No hay parroquia en la diócesis de Salamanca donde no exista la Cofradía del Rosario, donde éste no se rece diariamente, donde no se celebren sus cultos del primer domingo de cada mes, del mes de Octubre, de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Aun en pueblos lejanos del convento de San Esteban, necesariamente mal atendidos, dejados únicamente en manos de los señores párrocos, abrumados con otros quehaceres, siempre ocupados en trabajos perentorios de su ministerio, existen Cofradías numerosas, florecientes, bien organizadas, sin otras ayudas ni otros incentivos que la devoción del pueblo. En la antigua diócesis de Ciudad-Rodrigo, por ejemplo, hay muchas abandonadas á sí solas desde que faltaron los Dominicos en aquella comarca, y sin embargo, muy bien conservadas. Entre ellas la de Villavieja, con más de seiscientos cofrades; las de Lumbrales, San-felices, Fuentes de San Esteban...; todas con su capilla, con numerosos *coros* ó secciones del Rosario Perpetuo, con cultos solemnísimos el día de la fiesta, con varios meses del Rosario.

La Asociación del Rosario Perpetuo ha obtenido una expansión fabulosa. En el centro de Salamanca existen ocho *divisiones* de asociados. Para llenarlas se necesitan unas seis mil personas, que emplean una hora señalada cada mes en rezar el Rosario á María, ó como se dice entre los devotos, que hagan su hora de guardia. Los socios del Rosario Perpetuo se llaman Guardias de honor de María. El número que precede es muy cierto y aun creo que debe aumentarse. La razón es porque hay muchísimas horas repetidas, porque hay alguna que otra *sección* dominical que no entra en el conjunto de la *división*. El influjo de este *centro* se ha extendido á otras diócesis: á Plasencia, á Burgos, á Palencia, á Zamora..., á Menorca. ¡Qué labor tan grata á María debe ser el apostolado ejercido en favor del Rosario Perpetuo! En el curso de cada mes llegan al trono de la Virgen del Rosario más de seis mil plegarias fervorosas, más de seis mil gritos unánimes, salidos de pechos salmantinos, que alaban á María, que interceden por la salvación del mundo, haciendo su hora de guardia. Esto en Salamanca. Coloquemos un *centro* como éste en todas las ciudades de España, del mundo entero, en donde exista un convento de Dominicos.

Cada hora del día, del mes, del año, habrá quizás millares de cofrades del Rosario que simultáneamente alaban á María. Esto es en el mundo el Rosario Perpetuo.

Además de la hora de guardia que cada uno reza en el retiro de su hogar, se celebran los cultos públicos, los de la colectividad. Todos los domingos y días festivos la *guerrilla* de la Virgen, compuesta de doce, catorce... hombres, se reúne ante el altar de Nuestra Señora del Rosario, y allí, de doce á una está rezando á coros con solemnidad el Santísimo Rosario. Esta es una de las notas simpáticas: esos doce, catorce... hombres son los que rodean siempre de cerca á la imagen veneranda, los que la llevan en sus andas, los que la acompañan, los que la escoltan, los que la velan, los que vivísimamente se interesan por honrar á María y fomentar su devoción y su culto.

Todos los días, mañana y tarde, se reúne en la iglesia de San Esteban un grupo nutrido de personas piadosas para rezar el Rosario á la Virgen. Este grupo aumenta considerablemente los domingos y en singular el primero de cada mes. Sabido es que este día está consagrado al Rosario de María por decisión pontificia.

La función religiosa de los primeros domingos, muy solemne, sin perder nada de la gravedad y buen orden que debe brillar en todo acto de culto. Por la mañana se dice misa de comunión, en la cual comulgan los cofrades. Por la tarde se reza el Rosario, hay sermón y se celebra procesión solemne por la plazuela de la iglesia y claustro del convento con la imagen de María. Esta resulta siempre muy brillante. La capilla del Rosario no tiene un sacerdote que la sirva: toda la comunidad, compuesta de más de sesenta religiosos, jóvenes estudiantes en su mayor parte, se interesa en los cultos del Rosario. Y sale de la iglesia la imagen de Nuestra Señora del Rosario, llevada en hombros de cuatro religiosos vestidos con su blanco hábito; delante de la imagen dos filas interminables de fieles con velas encendidas en una mano y el rosario en la otra. La multitud aclama á María y repite cada vez con más ahinco el consolador *Santa María...* La procesión entra en el claustro, la capilla del convento, acompañada de instrumentos músicos, canta repetidas veces el *Ave María...*: el pueblo repite siempre con devoción *Santa María*. La imagen de Nuestra Señora del Rosario queda depositada en su altar. Los devotos la han obsequiado fervo

rosamente; han cantado la letanía, la *Salve*. Todo lo ha cantado el pueblo, y el pueblo ha sido también el que se ha despedido de su Madre bendita, repitiendo con sinceridad, con entereza cristiana.

¡Guardias! ¡guardias! María nos llama.  
.....  
Nuestra espada es la Cruz .. ¡A la lid!  
.....  
A la lid invencibles guerreros.  
.....  
No queremos que nadie mancille  
De la Madre de Dios el honor.  
.....  
Lo juramos, Señora divina.

---

## UN MODELO DE VIRTUD

---

(CONTINUACIÓN)

**E**L tiempo del Noviciado no es más que un período de formación, durante el cual debe pensar el novicio muy seriamente en el estado que va á tomar y en las obligaciones que ese estado le impone. A solas en el retiro de su celda, y libre de todo cuidado y ocupación, estudia las austeridades de la vida monástica, y si terminado el año, se siente con fuerzas para practicarlas, es admitido á la profesión, por la cual queda agregado definitivamente á la Orden. Ciertamente que para dar este paso terrible es necesario hacer un sacrificio grandísimo, un holocausto, pues la vida de un religioso, y sobre todo de un religioso dominico, si es cual debe ser, es una vida de martirio continuo. Por eso dijo un Pontífice: "Dadme un religioso dominico que haya observado bien sus Constituciones, y yo le pondré en los altares,".

Como el Noviciado es la base de la religión, en nuestras Constituciones se manda con insistencia que se procure inculcar y formar diligentemente á los novicios en el espíritu de la Orden, que es el espíritu de nuestro Bienaventurado P. Santo Domingo, y al mismo tiempo que se procure extinguir en ellos los malos



hábitos que traen del siglo, haciendo florecer en su lugar las virtudes propias del religioso, el amor á la soledad, el espíritu de oración, de sacrificio, etc. San Bernardo, aquella alma grande que tan intensamente había experimentado las dulzuras de la mística, sintetizaba el Noviciado y la conducta que en él se debe seguir en estas breves palabras: *Intrate toti, manete soli, exite alii*. Fr. Rafael, nuestro devoto novicio, comentaba así, en sublime soliloquio, esas sentencias: 1.º *Intrate toti*: “¿He entrado yo totalmente? ¿Mi corazón se halla completamente emancipado de las criaturas para entregarse á Jesús sin reserva?—2.º *Manete soli*: ¿Me encuentro sólo con Jesús y María? ¿No tengo la debilidad de alimentar aún en el fondo de mi corazón algún afecto hacia ese mundo que he abandonado y que prometo en cada instante abandonar? Algunas veces ¿no dejo en el olvido á mi dulce Salvador y á mi tierna Madre celestial, para conversar en la imaginación con mis padres ó con mis amigos?—3.º *Exite alii*: ¿Estoy dispuesto á salir del Noviciado completamente otro del que era cuando fuí recibido en él? Aún amo las criaturas: debo salir con el corazón vacío de todo lo que pertenece á este mundo, y lleno, por el contrario, de lo divino y celestial. He entrado con muy poco celo por la salud de las almas: debo salir abrazado en el deseo de procurar la gloria de mi Dios; pronto para olvidarme de mis padres y de mi patria, para ir, si es necesario (y este es mi único deseo), hasta los últimos fines de la tierra á conquistar almas para el cielo.”

Como puede suponerse, Fr. Rafael corría por el camino de la virtud á paso de gigante. Ya habían desaparecido las inquietudes que le molestaban al principio de su noviciado. En las notas ó reflexiones compuestas por él mismo durante ese tiempo, lo da á conocer claramente. “¡Oh Dios mío, dice él, confieso que aún no poseo los caracteres de verdadero religioso; mas, bendito seáis para siempre: me parece que Vos los habéis depositado en mi pobre corazón, donde están ya en germen. Sí, ya nada me turba, como sucedía al principio de mi noviciado. Mi felicidad está en meditar continuamente en las glorias y grandezas de

María y de su divino Hijo: sus dolores, su Pasión, me conmueven profundamente. Ya no me inquieta el pensamiento del porvenir, y estoy dispuesto á pasar la vida en el Noviciado.”

Y ya que de escritos hablamos, aún se conservan muchos de los apuntes ó notas que acostumbraba redactar en los días de retiro sobre su vida interior. También se conservan algunas de las plegarias, oraciones y jaculatorias que compuso en diferentes ocasiones. Son aleteos de aquella alma grande y sedienta de lo infinito. Allí vibra una sola nota: el amor único de Jesús Crucificado. Su lectura cautiva; y en ellos se siente latir lleno de vida aquel espíritu gigantesco, que lucha constantemente por libertarse de esta esclavitud. Ya hemos transcrito algunas de esas composiciones, y en adelante transcribiremos otras más, según lo pida el curso de la narración.



La caridad fraterna es una de las virtudes más necesarias para la vida en comunidad, y referida á Dios, es también la más sublime y celestial, la que nos hace ser discípulos verdaderos de Jesucristo, como El mismo lo dijo en ocasión solemne: “En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros (*Joan.*, XIII, 35)”. Nuestro virtuoso novicio había sido en su primera edad algún tanto duro en el trato con los demás; pero con el tiempo llegó á corregir estos defectos, y con la unción de la gracia transformó su bondad natural en caridad religiosa. Es sumamente edificante y al mismo tiempo sólida la doctrina que expuso por escrito para su uso particular en uno de sus retiros. “Es necesario, dice él, amar á su semejante como nos amamos á nosotros mismos; pero hay que tener cuidado de amarle únicamente por Dios, por obedecer á su ley eterna. Debemos guardarnos mucho de amarle por sí mismo ó por nosotros, porque es amable, porque su carácter coincide con el nuestro, porque aprueba tácitamente nuestras imperfecciones y defectos. Este fuera un amor egoísta, criminal, abominable á los ojos de Dios.

»Debo amar á mi prójimo, porque encuentro en él

la imagen de Dios, y porque ha sido rescatado con la muerte de ese mismo Dios. He dicho que es necesario amarle como á sí mismo, y ahora añado que en algunos casos es necesario amarle más que á sí mismo. Así debemos preferir los bienes de su alma á los de nuestro cuerpo, y sacrificar nuestras comodidades, nuestros placeres, nuestro reposo y hasta nuestra vida cuando se trata de salvar un pecador.

»En el estado religioso, por ejemplo, debo amar á mis hermanos más que á mí mismo, es decir, debo renunciar, á mi juicio, á mis gustos, á mi voluntad para condescender con ellos. Con tal que yo sea objeto de edificación para uno de mis hermanos, no debo dejar de abrazar cualquier privación ó de imponer á mi cuerpo una mortificación dolorosa. Debo renunciar á mí mismo para procurar todo lo que puede serles ocasión de gozo, y aceptar con alegría la molestia que me producirá esta abnegación total. Así amaré de verdad: así cumpliré toda la Ley, que consiste únicamente en el amar... (*Rom.*, XIII, 10).

»Como el Corazón de Jesús, he de ser caritativo para con mis hermanos. Por desgracia, me parece que no siempre les trato con la amabilidad que merecen. Sin embargo, lo que me consuela, lo que, según creo, me da á conocer que les amo de veras, es que nada me entristece tanto, nada me es tan desconsolador como saber que están enfermos. Cuando advierto que falta alguno de recreación por causa de enfermedad, siento desgarrarse mi corazón, y paso el recreo entristecido. ¡Oh dulce Corazón de Jesús!, yo quisiera abrir mi corazón por medio, y obligarle así á dilatarse y á recibir vuestro amor, el amor de María, el de mis hermanos, el de todos los hombres».

Estas sublimes disposiciones le hacían aborrecer, como sumo mal, las faltas contra la caridad, y así llegó á un grado eminente en esta virtud. Dando cuenta de un examen particular sobre este asunto, escribe: "En cuanto al respeto que debo á mis hermanos, no tengo gran cosa de que acusarme. Yo los he mirado como á ángeles. Por otra parte, su hábito blanco me los representa fácilmente á la imaginación como seres pertenecientes á los espíritus beatíficos. No ha

mucho tiempo he resuelto aceptar todo lo que ellos me dijese como si me lo dijese mi Angel de la guarda. Hasta el presente con la gracia de Dios he sido fiel,,.

Concluyamos de todo lo anterior asegurando que Fr. Rafael, aquel humilde novicio que aún no contaba más que unos meses de hábito, era un verdadero discípulo de Jesús, tal como el mismo Salvador lo describe en aquel idilio de amor, en el Sermón de la Cena, y como lo dejó en testamento á sus hijos nuestro Bienaventurado P. Santo Domingo momentos antes de expirar.

(Continuará).

---

## DESCANSO ETERNO

---

En el cementerio estuve  
A rezar una plegaria  
Por el eterno descanso  
De las afligidas ánimas;  
Debajo de estos sepulcros,  
Para mi reflexionaba,  
Hay una inmensa ciudad ..  
Generaciones pasadas  
Duermen aquí silenciosas  
En una lúgubre calma...

\*  
\* \*

No hay palacios ni comercios,  
Tampoco modernas casas  
Aquí debajo, ni hoteles,  
Teatros, ni bellas plazas;  
Ni sol, ni luna, ni estrellas;  
Ni hay atmósfera diáfana,  
Ni arco-iris hermoso,  
Ni amaneceres del alba;  
Ni hay poéticos bosques  
Con frondosas enramadas;  
Ni praderas que florezcan  
Flores vistosas y varias  
No hay movimiento, no hay vida,  
Es todo silencio.... calma...  
Es noche de oscura niebla,  
Y noche que nunca pasa:  
En frío y tremendo sueño  
Aquí los muertos descansan...

\* \*

Veo elegantes retratos  
Sobre las tumbas labradas,  
Y aquellos que allí se ven  
Son ahora polvo..., nada...  
Triste suerte la que tienen  
Bizarrias, arrogancias  
De varones afamados,  
Y hermosura de las damas...  
Veo tristes epitafios  
Diciendo con voz muy clara:  
«Nos grabó así un corazón  
Con su punta ensangrentada».  
Triste humanidad viviente,  
La muerte así te separa  
Con su mano tan horrenda  
De los seres que más amas...

\*  
\* \*

¡Oh, callados moradores!  
De estas tumbas solitarias,  
Que para siempre descansen  
En suave paz vuestras almas.  
Eterna paz á los muertos  
Da, ¡oh Dios!, y tu Luz clara  
Brille ya rayos de gloria,  
Dulces frutos de esperanza.  
Tal vez (¡oh qué pensamientos!...)  
En hora no muy lejana,  
Me toque venir aquí  
Envuelto en una mortaja...

VALLEMEDINA.

---

## ¡CUANTO VALDRAN LAS ORACIONES DE ESOS ANGELES!

**E**RA un estudiante perezoso y dormilón, y confieso que de devoto no tenía nada. Tenía fe y rezaba algo al levantarme y al acostarme, si me acordaba, como mi madre me había enseñado. ¡Pero qué manera de rezar y de santiguarme! Debía de espantar al mismo diablo por lo mal que lo hacía. En fin; lo practicaba por rutina y sin fijarme y así salía ello. Era, como dije, dormilón y rara vez trasnochaba, y si alguna vez lo hacía, era para correr alguna juerga, cediendo á instancias de mis amigos y contra la voluntad de mis padres, por supuesto.

Sin embargo, aquella noche velaba y por muy buen motivo. Era á fines de Mayo; los exámenes se venían encima y

entonces eran mis apuros de mal estudiante. Quien se fijara en mis ojos, quien me mirara á la cara, ¡qué bien comprendería que andaba atrasado de sueño! Ya me lo decía mi madre; pero no tenía otro remedio; quería aprobar á toda costa y había que apechugar con aquellos programas fenomenales. Creo que aquella noche traía entre manos el *Mercantil* ¡mal año para él!

Eran ya de las once á las doce ó de las veintitrés á las veinticuatro, como dicen ahora, y ya estaba tan rendido, que dormía más que estudiaba.

Me dí por vencido; dejé aquella baraúnda de *quiebras* y *concurros* de acreedores, y determiné irme á la cama. Dí por allí algunas vueltas arreglando mis cosas, y haciendo esto, ví luz en una alcoba próxima, que era la de mi hermana. Me sorprendió ver luz tan tarde, y como no creía que mi hermana tuviera que estudiar, me decidí á preguntarla qué le pasaba.

Voy; abro despacio la puerta, y veo á mi hermana de rodillas; la imagen de la Purísima delante y dos velas al lado. Ella nada se inmutó; ya sabía quién velaba aquella noche y quién podía ser el que venía. ¿Qué haces, Nieves, tan tarde?, fué mi saludo. Hago la *Hora de Guardia*, me contestó ella. No entendí bien lo que era aquélla, aunque sí comprendí que sería una devoción de las que ella tenía, y que yo juzgaba buenas, sin más razones que la de practicarlas Nieves y mi madre.

Como eran tan buenas, me parecía que todo lo que hicieran ellas tenía que ser bueno. Pero hice como que no entendía nada, y volví á preguntarla: ¿qué es eso de *Hora de Guardia*? ¿Se teme que vengan por aquí hoy ladrones? No, Julio, no, respondió ella, ¡qué poco entiendes de devociones! Hacer la *Hora de Guardia* es rezar el rosario entero durante una hora, ofreciéndolo á la Virgen por los pecadores, por los agonizantes y por las almas del Purgatorio.

Quedé pensativo; aquello sonaba para mí á cosa nueva; ¡estar velando y rezando por gente desconocida! Tentaciones me dieron de decirla: ¡Cuánto mejor estabas durmiendo! ¿Qué tienes que ver con esos pecadores y agonizantes? Allá se las hayan. Pero no; tenía yo mucho respeto á todo lo de mi hermana.

Era un ángel, y yo... indigno de ser su hermano. Me dí, pues, por enterado; bien, bien, le dije; no quiero interrumpir-

te. Y aún hice más, pedí por primera vez en mi vida una limosna; limosna cuya necesidad yo entonces no veía; pero que había oído á mi madre pedirla cuando visitábamos una prima monja. Y no dejes, añadí, de pedir por mí, que también seré pecador. Confieso que la petición me salió algún tanto vergonzante.

Me retiré; á pesar de tener tanto sueño, tardé en dormir. No podía quitarme la impresión de lo que había visto; seguían vibrando en mis oídos aquellas palabras: por los *pecadores*, por los *agonizantes*, por las *almas del Purgatorio*. Esta es fraternidad, me decía; esto es amar á todos, esto es interesarse por la salud de todos. Por eso Dios no castiga tantos pecados, porque hay almas puras que aplacan su ira. ¡Cuánto no les deberemos los pecadores!

Nunca olvidé este acto de mi hermana; más adelante me enteré mejor de esta devoción y algunas veces la acompañé, cuando hace la Hora, porque en los planes de Dios, en los secretos de la Providencia, ¡cuánto valdrán las oraciones de esos ángeles!

C.

---

## SECCION DE NOTICIAS

---

**Jubileo episcopal de Su Santidad Pío X.**—El día 16 de Noviembre celebró el Sumo Pontífice el XXV aniversario de su consagración episcopal. Por voluntad expresa de Su Santidad no se ha celebrado con festejos públicos, ni ha habido tampoco recepciones oficiales; sin embargo, esto no ha sido obstáculo para que el mundo católico demostrase su amor al Soberano Pontífice. Muchos fieles han ido en numerosas peregrinaciones á manifestarle su afecto, y varios Soberanos, como los de España, Alemania, Rusia, etc., le han dirigido expresivos telegramas y autógrafos de felicitación.

**El nuevo Alcalde de Londres.**—Por primera vez, después de varios siglos, ha sido elegido Alcalde de la capital de Inglaterra un miembro de la Iglesia Católica Juan Knil, que así se llama este personaje, ha tenido que luchar contra las preocupaciones de los concejales protestantes; pero ha sabido superarlas con destreza, y se espera que su elección traiga felices resultados para los católicos ingleses.

**Arbitrariedades radicales.**—El Secretario del Interior del Estado de Minas (Brasil), Esteban Pinto, fundándose en que la Constitución del Brasil no reconoce religión alguna, ha mandado arrancar de las escuelas de la población de Xopotó la imagen de Jesús Crucificado, que el pueblo en masa había colocado allí. «Justamente—dice á este propósito *O Correio Catholico*—porque la Constitución no reconoce una religión del Estado, ni proscribire á ninguna, nadie tiene derecho á quitar de las

escuelas el Crucifijo». Otro abuso de autoridad ocurrió en un pueblo de Italia, donde los concejales, para protestar del fusilamiento de Ferrer, hicieron derribar las cruces del *Via-Crucis* que había en torno de la población. Pero, gracias á Dios, no les resultó bien la ocurrencia, porque el pueblo se amotinó, volvió á colocar las cruces en su lugar, y hubiera castigado severamente la impiedad de los concejales, á no intervenir la fuerza pública.

**Otras señales de libertad.** — Cuando el célebre *P. Cobos* (periódico satírico del siglo pasado) oía gritar: «¡Viva la libertad!», se apresuraba á decir todo azorado: «¡Atranca la puerta!» Este sistema parece que se pretende poner en práctica en algunos sitios contra las posibles agresiones de los rabiosos partidarios de la libertad sin restricciones ni cortapisas. Por de pronto, en Barcelona se han blindado con planchas de hierro las puertas de la Catedral y de algunos otros templos, y en varias poblaciones, como Castellón, se trata de organizar somatenes, para que el día en que se repitiesen los sucesos de Julio, puedan los católicos rechazar por la fuerza á las fieras revolucionarias. Tiempo es ya de que los católicos se convenzan de que no basta orar y rezar para impedir el triunfo de la impiedad y de la revolución que, como ya hemos visto, no tiene escrúpulo de emplear los medios más reprobados, con tal que aprovechen para conseguir sus perversos fines.

**Un Alcalde que sabe su obligación.** — Lo es el de Utrera, como se ve por una disposición que acaba de dar para que sea perseguido y castigado severamente el escandaloso y feo vicio de la blasfemia.

**Una restitución.** — En Budapest un sacerdote entregó á un Banco la cantidad de 370.000 coronas que un penitente le entregó, bajo secreto de confesión, para ser restituidas. Es un dato más que pueden aprovechar los enemigos de la confesión sacramental.

**Atentado anarquista** — El día 26 de Octubre, pocos días después de haber estallado una bomba en la iglesia de San Luis de los Franceses, de Lisboa, al ir á cerrar las puertas el Sacristán de la iglesia de Dominicanos Irlandeses del *Corpo Santo*, de la misma ciudad, notó un ligero olor á pólvora. Examinando el templo, vió en un rincón un globo de hierro, del que colgaba una mecha encendida. Sospechando lo que sería, lo cogió con valor y lo metió en la pila del agua bendita, donde se apagó la mecha. Luego avisó á la policía, y al examinar el artefacto, resultó ser una bomba, que contenía dinamita y otras substancias explosivas en cantidad suficiente para volar el edificio.

Varios periódicos abrieron una suscripción para premiar el valor del Sacristán, recaudando en poco tiempo más de 2.000 francos.

**De enhorabuena.** — El día 3 de Octubre, después de un solemne novenario, celebraron los PP. Dominicanos de Buenos Aires el favor que el Sumo Pontífice acaba de conceder á su templo de Nuestra Señora del Rosario (al cual van unidos tantos y tan faustos recuerdos de las guerras que aquel país sostuvo para conquistar su independencia) elevándole á la categoría de Basílica menor. El Breve que contenía gracia tan singular se leyó en presencia del Arzobispo, de varios Obispos y de una enorme multitud de fieles.